

EMMA SCARAMUZZA, *La santa e la spudorata. Alessandrina Ravizza e Sibilla Aleramo. Amicizia, politica, scrittura*. Nápoles, Liguori, 2004. 294 págs. 18 euros.

He ido siguiendo a retazos la escritura de este libro desde que, en 1998, Emma Scaramuzza, profesora de historia contemporánea de la Universidad Estatal de Milán, empezó a dar un curso, titulado *Amistad, política y escritura femenina (siglos XIX y XX)*, en el máster en Estudios de las Mujeres de Duoda. Leerlo ahora ha sido un festín de datos y de percepciones sobre la amistad política entre mujeres en Italia desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX.

La sabiduría de Emma está, pienso, en juntar en el relato histórico la amistad y la política, como están y estuvieron juntas en la vida de sus protagonistas. Separar la amistad de la política, clasificando una en lo privado y la otra en lo público, ha sido una operación mortífera para la historia de las mujeres y, por tanto, para la historia. Esta operación, que parece seguir un signo histórico de la sexualidad fálica tanto si la hacen mujeres como hombres, priva a la amistad de su cualidad política, desperdiándose así la ocasión que la amistad ofrece de dar lugar al amor en la política; pues amistad, como amiga, deriva del latín "amare". Pero en la vida de las mujeres, la amistad ha sido y es una palanca para transformar el mundo: *si estudiamos las subjetividades y las vidas femeninas en los lugares y contextos en los que se expresan con más fuerza –las relaciones con sus semejantas, con los hombres, con los niños, con el universo, con Dios- la historia de las mujeres tiende a perder su aspecto fragmentario. El alternarse en el proceso histórico de los claros y los oscuros, de lo visible y*

lo invisible, no desaparece sino que, más bien, muestra ser el fundamento de un flujo de vida-historia que late con un ritmo intermitente, como la respiración, o como un hilo de luz eléctrica que se apaga y, después, se ilumina. En la historia de las mujeres, estos hilos son las relaciones entre mujeres, hilos ininterrumpidos, también cuando las conexiones no son evidentes. A veces, estos hilos se entrelazan y dan lugar a movimientos femeninos y feministas' (p. 282-283).

El libro reconstruye e interpreta una cantidad enorme de datos sobre la relación entre Alessandrina Ravizza (1846-1915) y Sibilla Aleramo (1876-1960), pseudónimo de Rina Faccio. La relación empezó con una carta de Sibilla a Alessandrina fechada el 30 de septiembre de 1898, y perduró, en vivo o en el recuerdo y, sobre todo, a través de la escritura, durante toda la vida de ambas. Alessandrina Ravizza fue una filántropa importantísima, incansablemente activa, que creó y sostuvo una infinidad de iniciativas para paliar los efectos de la pobreza, la enfermedad, la injusticia social y la cárcel entre el proletariado más desamparado de Milán. Lo hizo desde la relación y el reconocimiento de autoridad femenina, sin afiliarse a organizaciones o partidos. Sibilla Aleramo fue una novelista y periodista feminista que, en 1906, publicó la novela autobiográfica *Una donna*, novela traducida en 1908 en Francia, Inglaterra, Alemania y Noruega, que escandalizó mucho porque en ella defendía la libertad de una mujer –su libertad- de seguir su vocación a pesar de ser madre y de que su marido, cuando ella le dejó, le quitó legalmente a su hijo por ello. Sibilla Aleramo llegó a ser una intelectual famosa, que se relacionó con mujeres como Maria Montessori, Eleonora Duse, Ersilia Majno o Linda Malnati, y que intentó infatigablemente ser feliz con hombres. En su vida y en sus escritos hay mucho que anticipa las contradicciones, esperanzas y sufrimientos de la revolución sexual del último tercio del siglo XX y, también, un sentido fuerte de la felicidad de ser mujer que coincidirá con el pensamiento de la diferencia sexual. Su nombre ha quedado, por ejemplo, en la cooperativa que fundó la Librería de mujeres de Milán en 1975.

De la lectura del relato documentadísimo de Emma Scaramuzza y de su interpretación de los rasgos históricos que distinguen la generación de

Alessandrina Ravizza de la de Sibilla Aleramo, me ha quedado la sensación de vigencia todavía hoy de la disyuntiva terrible y absurda entre la propia vocación y el ser madre, disyuntiva que marcó la vida de Sibilla Aleramo. Hoy no está el derecho de familia que le quitó por la fuerza a su hijo de siete años, Walter, al que no volvería a ver hasta 1933 (31 años más tarde), pero las normas –legales o no- del mercado del trabajo tienen en las mujeres que desean ser madres efectos de la misma naturaleza que los que el derecho de familia tuvo entonces. Hoy se habla, en ambientes políticamente correctos, de conciliación de la vida familiar y la vida laboral, idea absurda e irrealizable, que nos puede tener eternamente entretenidas en algo inútil, porque las mujeres, como cualquier ser vivo, tenemos una sola vida, y una queremos seguir teniendo. Lo que no quepa en una vida humana, femenina o masculina, no es civilizador sino alienante.

En las *Conclusiones*, que son un claro en el bosque de los datos históricos que testimonian la red densísima de relaciones entre las protagonistas y con las mujeres y hombres de su círculo intelectual y de amistades, Emma Scaramuzza plantea muy bien la cuestión del olvido en la historia de las mujeres. Concluye que “la historia de Sibilla Aleramo y de tantas otras jóvenes de principios del siglo XX que rechazaron el modelo de sus madres, dejando pocos y superficiales testimonios de las experiencias maduradas en el feminismo entre el XIX y el XX, parece indicar que la conciencia de sí y del mundo y las libertades alcanzadas, difícilmente se pierden para siempre. Pueden ser, por distintos motivos, guardadas durante algún tiempo, como las prendas de un ajuar preciado, para ser óptimamente utilizadas cuando de verdad lo exijan las circunstancias” (p. 283).

María-Milagros Rivera Garretas

MARÍA DEL MAR GRAÑA CID, *Beatriz de Silva (ca. 1426-ca. 1491)*. Madrid, Ediciones del Orto, 2004. 93 págs. "Biblioteca de Mujeres" 63. 3,19 euros.

Este libro percibe, con una sensibilidad extraordinaria, un problema recurrente en la historia y en la política de las mujeres: la dificultad de vivir una mujer siendo fiel a lo que Luisa Muraro ha llamado "el punto de vista del origen".¹ El punto de vista de su origen se lo enseña a cada ser humano su madre concreta y personal cuando, en la primerísima infancia, le enseña a hablar. Este punto de vista es la raíz principal de cada mujer u hombre, raíz que le orienta y le defiende en los vaivenes y azares propios de cada existencia humana. Pero el punto de vista del origen se desdibuja una y otra vez de la memoria, porque depende de la palabra, que es fluida y móvil, sin apuntalarse en estructuras de poder. Al mismo tiempo, es una raíz perenne, que nada ni nadie puede arrancar, porque en torno a ella se configura lo que Mar Arza ha llamado, con una paradoja muy bella, "lo precario eterno humano".² Hay muchos hombres amantes del poder que saben que su lucha para preservar y aumentar su dominio es eficaz si consigue debilitar el punto de vista del origen, tanto el suyo propio como el de quienes caen bajo su dominio.

Es el caso de la historia de Beatriz de Silva. Beatriz de Silva nació probablemente en Ceuta, en una familia noble portuguesa, hacia 1426. En 1447, cuando era una chica muy joven, llegó a Castilla en el séquito de la princesa Isabel de Portugal (la que sería madre de Isabel la Católica), que se casaba con el rey Juan II de Castilla. La belleza especial de Beatriz trastornó a hombres y mujeres de la corte castellana, hasta el punto de que

la reina, estando la corte en Tordesillas hacia 1453, la mandó encerrar durante tres días en un cofre, de modo que nadie pudiera percibir los sentires que suscitaba la visión de su rostro. En su extraña prisión, Beatriz fue visitada por la virgen María de Nazaret. La visión la mantuvo viva y le inspiró la decisión de dedicarse solo a su espiritualidad durante el resto de su vida.

Beatriz de Silva creó entonces una forma de vida femenina libre de los sistemas de parentesco de su época, tanto del que llamamos de sangre como del sistema de parentesco espiritual propio de la Iglesia católica. Es decir, no se casó ni se hizo nunca monja, sino que se fue a vivir como "señora de piso" al convento de Santo Domingo el Real de Toledo. Ahí inventó para ella una vida de recogimiento, dedicada a la oración, la obediencia, la penitencia, la caridad y el trabajo textil, con la cara cubierta por un velo blanco. Pasó así más de treinta años, durante los cuales se hizo amiga y confidente de Isabel la Católica, que era mucho más joven que ella (había nacido en 1451).

De esta amistad nació un proyecto de vida espiritual en común. En 1484, Beatriz se trasladó con otras once mujeres –doce habían sido los apóstoles que acompañaron a Jesús de Nazaret- a los Palacios Galiana, en Toledo, que le cedió Isabel I. Ahí, ella y sus once compañeras se dedicaron a la vida beguina o beata. En 1489, Isabel I y Beatriz escribieron al papa solicitando autorización para fundar en Toledo un monasterio femenino con contenidos propios. El contenido más importante era la advocación o nombre del futuro monasterio, nombre que era la Concepción. La inmaculada concepción o concepción virgen de María de Nazaret es una manera de decir la maternidad sin coito, sin heterosexualidad obligatoria, sin hombre. María del Mar Graña Cid destaca los contenidos feministas de esta propuesta, relacionándola con las imágenes de la Trinidad femenina (santa Ana, la virgen María y su niño), tan frecuentes en la iconografía de los siglos XV y XVI, y en general con la Querrela de las Mujeres, una forma de hacer política especialmente importante en la Europa del siglo XV. Tampoco hay que olvidar que las mujeres de la Europa medieval vivieron rodeadas de estatuas de vírgenes-madre románicas y góticas que resaltaban la sexualidad femenina propia.

Ni el particular interés de Isabel I por el misterio de la Encarnación, que es una manera de decir lo divino encarnado en la materia humana femenina cuando una mujer se embaraza. Sabemos, por ejemplo, que Isabel I fue convirtiendo en iglesias con la advocación de la Encarnación las mezquitas mayores de los sitios que Castilla fue conquistando al Reino de Granada entre 1482 y 1492,³ mientras era amiga de Beatriz de Silva.

El cardenal Cisneros, sin embargo, un hombre que tenía entonces mucho poder y sería encargado por la reina de reformar los monasterios de Castilla, hizo todo lo que pudo para que del proyecto de Beatriz de Silva se olvidara la memoria del punto de vista de su origen. Con la política de homologación tan corriente entre hombres de todos los tiempos ante los proyectos y deseos de las mujeres, procuró que las concepcionistas se integraran en la Orden franciscana. Pero las seguidoras y herederas del proyecto de Beatriz, sirviéndose incluso del cadáver de la fundadora, que trajinaron de acá para allá entre muchas vicisitudes, conflictos y negociaciones, no perdieron el punto de vista del origen y se tomaron, también, más tarde, la libertad de ser ellas mismas origen, adaptando a su generación la propuesta de vida de Beatriz de Silva. En 1502, Beatriz Galindo, la famosa "moza latina" de Isabel I, fundó en Madrid un monasterio concepcionista, y se fundarían otros en otras ciudades de Castilla. Beatriz de Silva había muerto a finales de 1491 o en la primera parte de 1492, a los sesenta y seis años de edad, después de una nueva aparición de la Virgen dándole a entender que no haría profesión religiosa, es decir, que seguiría su vida espiritual libre de toda regla sancionada por la Iglesia.

Este libro de María del Mar Graña Cid forma parte de una importante colección de biografías femeninas, la "Biblioteca de Mujeres", que fundó, dirige y cuida Cristina Segura Graiño. Los últimos diez tomos –del 56 al 65–, publicados en 2004, están dedicados a mujeres de la época de Isabel I de Castilla, llamada la Católica (1451-1504). Estas mujeres son: Teresa de Torres, sor María de Santo Domingo, Mencía de Mendoza, sor Juana de la Cruz, Hipólita Roís de Liori, Juana de Mendoza, Estefanía Carrós y de Mur, Beatriz de Silva, Juana I de Castilla y de Aragón, e Isabel I de Castilla.

notas:

1. Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, trad. de B. Albertini, M. Bofill y M.-M. Rivera, Madrid: horas y HORAS, 1994, especialmente págs. 89-105.
2. Mar Arza, *De lo precario eterno humano*. Galería Canem. Castelló de la Plana 2004.
3. Cristina Segura Graíño, *Las reinas castellanas y la frontera en la Baja Edad Media*, Alcalá la Real: "IV Estudios de Frontera: Historia, tradiciones y leyendas de frontera", 2003, 519-533.

María-Milagros Rivera Garretas

***Monjas coronadas. Vida conventual femenina.* Real Academia de San Fernando. Madrid. Febrero-mayo, 2005.**

Desde mediados del siglo XVI comienzan a llegar a México, procedentes de la Península Ibérica, grupos de mujeres con la intención de ayudar en las tareas de evangelización y promoción del cristianismo. De este modo, empezaron a fundarse instituciones conventuales y beaterías a partir de 1540, contabilizándose más de sesenta conventos femeninos hacia finales del siglo XVIII. Para Josefina Muriel la formación de agrupaciones religiosas es un fenómeno central para entender la historia colonial de Latinoamérica, pues “una vida religiosa como la que en ellas se ejemplificaba iba dando más unión a las naciones que se formaban en América. Recordemos que no existía unidad de raza ni de lengua y que la territorial era un tanto relativa por la inmensidad de la Nación y la escasez de habitantes. Por todo ello toda propaganda religiosa ayudaba a la unidad nacional”.¹

Al principio estos conventos también respondieron a necesidades prácticas, como la de albergar a las niñas –muchas nacidas de la unión violenta entre conquistadores y mujeres autóctonas– en una sociedad aún en ciernes, demasiado peligrosa y conflictiva. No obstante, los conventos fueron adquiriendo la configuración de un espacio donde se educaba a las nuevas generaciones y donde las mujeres, que no querían o no podían contraer matrimonio, tenían la posibilidad de realizar actividades en un marco ético y cristiano. La vida conventual supuso, también en América, un espacio de libertad femenina en el cual se desarrolló gran parte de la cultura de las mujeres novohispanas, a saber, la lectura, la escritura, la música, la meditación, las labores de punto, los bordados o la gastronomía.

Gracias a la costumbre de estas religiosas de escribir las crónicas de fundación del convento, así como las biografías de las monjas más destacadas, contamos con abundante información sobre el funcionamiento de estos lugares, desde los problemas absolutamente cotidianos hasta las cuestiones más espirituales. La profesión y la propia muerte eran los acontecimientos más importantes en el recorrido vital de las monjas. El primero significaba la celebración de su unión con Cristo, el segundo su encuentro definitivo con él en el reino celestial. En los conventos de Nueva España, pero también de Perú y Nueva Granada, estas dos ceremonias se caracterizaban por la realización de un ritual similar (independientemente de la orden religiosa), pues se adoptaban formas y conductas semejantes.

El día en que la novicia acataba los hábitos (después de uno o dos años de vida conventual), se celebraba un rito muy parecido a un matrimonio, es decir, unos desposorios místicos, inundados de emoción tanto para la protagonista como para sus familiares, pues era el último día que podían ver a su hija o hermana, hasta el final de sus días. La ceremonia comenzaba con la entrada del sacerdote y sus ministros a la iglesia, portando un crucifijo en la mano, se dirigía al coro diciendo: "Encended, vírgenes prudentes, vuestras lámparas que viene el esposo". Después se pronunciaban los votos de clausura, pobreza, castidad y obediencia, o sea, los votos perpetuos, y se llamaba a la novicia al altar con las siguientes palabras: "Ven esposa de Cristo"; poniéndole el anillo que simbolizaba su unión con Jesús. Mientras el coro cantaba, otras monjas la ayudaban a vestirse. El sacerdote le ceñía una corona, como símbolo de Cristo, y le entregaba un ramo de flores que aludía a la virginidad, concluyendo el ritual pronunciando la frase "Si en ella permanecieres, la inmortalidad de la gloria te corone".²

Muchos familiares, que contaban con los suficientes recursos económicos, encargaban pinturas en las que aparecía la reciente monja con todos los atributos que le habían sido colocados, como una manera de tener un recuerdo de un día tan importante y de la familiar que ya no volverían a tratar. De estas obras trata la exposición presentada en la Academia de San Fernando, mostrada anteriormente en la capital mexicana, en Monterrey y en Bogotá. Está compuesta por más de veinte cuadros procedentes del

Museo Nacional del Virreinato de México, y en ellos se pueden observar unas características plásticas comunes, pues parece existir una tipología establecida a la hora de componer el retrato: la mujer se representa de pie, casi siempre de cuerpo entero, sobre fondos de colores neutros, sin más elementos o atributos que los que incluye su propia indumentaria; en la parte inferior de la obra, generalmente, se plasma un texto en el que aparecen algunos datos de la religiosa, como su nombre, los nombres de sus padres, la fecha en la que profesó, la edad, etc.

De esta forma, el conjunto de estas pinturas, seleccionadas desde un lúcido criterio por la investigadora mexicana Alma Montero Alarcón, constituye un precioso ejemplo del más original barroco hispanoamericano. La mayoría



© Elina Norandi.

Anónimo: *Sor Mariana Francisca del Señor San José*, óleo sobre lienzo, 61 x 82 cm., Museo Nacional del Virreinato, México.

de estas obras son anónimas como el *Retrato de sor María Joaquina de San Rafael*, pero también existen ejemplos firmados por afamados artistas como Miguel Cabrera, Francisco Javier Salazar o Mariano Peña y Herrera, autor del retrato de *Sor Ana Teresa de la Asunción*. Asimismo existen teorías sobre que estas pinturas, en algunos casos, pudiesen haber sido realizadas por monjas pues muchas de ellas destacaban por la habilidad y talento artísticos y para ejecutar complejas labores.

Como he dicho antes, en estas imágenes se observan los atuendos y atributos que portaban las monjas, lo cual dependía en parte del poder económico que poseyera sus familias, de este modo podían llevar sobre el hábito de la orden acatada, una capa bordada ricamente con hilos de oro o plata, incluso con perlas y piedras preciosas. La corona podía ser tanto una ostentosa joya como una complicada elaboración de distintas flores, naturales o artificiales, entrelazadas con cuentas de cristal, retales y coloridas cintas de papel. De igual manera se adornaban profusamente los cirios, palmas o crucifijos que portaban en una mano; en la otra solían sujetar una figura de cera con sus ropajes, representación del niño Jesús. Para completar el lujoso atuendo, las monjas llevaban un larguísimo rosario pendiente del cuello así como un escudo de tema religioso sobre su pecho. Al principio en estos escudos, aparecía comúnmente la imagen de la Inmaculada Concepción, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, esta iconografía se sustituyó por la de la Virgen de Guadalupe, seña de identidad de los nacidos en América.

Visto el conjunto final, las monjas adquirían un aspecto inusitado y colosal, como si también se remarcase que era el último momento de su vida en el que podían preocuparse de su aspecto externo, de adornar su cuerpo, ya que momentos después se pondrían el hábito que por siempre las acompañaría, o sea, una vestimenta sencilla e igualatoria que muchas veces era extremadamente austera, confeccionada con tejidos ásperos y de colores oscuros. Así es interesante diferenciar la actitud de recogimiento y concentración espiritual que transmite sor María Joaquina frente a la expresión de profunda melancolía contenida en el rostro de sor María Ignacia Candelaria. Aunque cuando estas ceremonias son narradas se las recuerda como

hechos muy felices, como demuestran las palabras de una monja del siglo XVII: "dentro de un día tomé el hábito, aunque con gran dolor de mi corazón por no ser en las descalzas. Fue el más alegre día que hasta allí había tenido por salir de este mundo que yo tan mal quería".³

Por último, existían otros elementos rituales que también conferían a la ceremonia espectacularidad, pues los familiares contrataban músicos indígenas que además de interpretar piezas musicales se encargaban de engalanar la puerta de la iglesia con arcos floridos; el repique de las campanas, la quema de incienso y un banquete final constituían un escenario en sintonía con la sensibilidad barroca americana, donde el gusto europeo por la teatralidad y la pompa litúrgica se mezcló con las costumbres y estética autóctonas. Como se explica en el catálogo publicado con ocasión de esta muestra: "estas ceremonias combinaban de manera fastuosa música, literatura religiosa y símbolos externos acordes con la cultura barroca en que se celebraban y seguramente lograron su cometido al conmover a los feligreses del siglo XVIII, tan afectos a los sentimientos exacerbados".⁴

Las coronas y ramos de flores se volvían a colocar sobre los cuerpos fallecidos de las monjas el día de su velatorio (como se ve en el *Retrato de sor Mariana Francisca del Señor San José*), adquiriendo aquí un simbolismo relativo a la entrada del alma de la difunta en el paraíso celestial. La ceremonia del tránsito se iniciaba desde que la monja era desahuciada y el sacerdote acudía a darle la extremaunción. Cuando moría la comunidad rezaba durante tres horas, dejando el cuerpo intacto, posteriormente se preparaba, se vestía y se le ataviaba con la corona y el ajuar completo, manera en la cual la monja recibía sepultura. Josefina Muriel dice que, en las crónicas novohispanas, "la victoria de esas vidas aparece cuando nos relatan tras la muerte el clamor del pueblo por verlas en sus floridos féretros, por obtener objetos por ella tocados, o cuando describen solemnes exequias y los suntuosos túmulos funerarios, que más parecen de reinas que de humildes monjas o colegialas criollas".⁵

El retrato de la difunta nuevamente era un encargo de los familiares, o

también podía ser sufragado por la comunidad si la monja había llevado una vida ejemplar. Como explica María Benítez Dueñas "estamos hablando de un retrato hecho *para ser mirado*, y por lo tanto para mantener viva la memoria de la difunta; sin embargo, el gesto plácido con el que ha sido representada funciona como comprobación de que una vida tranquila lleva a una muerte tranquila. Es su vida ejemplar la que triunfa, pero esta conquista sólo se amerita después de la muerte".⁶ Por otro lado, también



Fig. 1. M. Sor María Engracia Josefa del Santísimo Rosario. México, por el pintor Anónimo, hacia 1750. Museo Nacional del Virreinato, Puebla. (Foto: E. Norandi).

Anónimo: Sor María Engracia Josefa del Santísimo Rosario, óleo sobre lienzo, 135 x 95 cm. Museo Nacional del Virreinato, México.

durante su vida las monjas podían volver a ser coronadas, pues en algunos casos se recuperaba este rito para conmemorar los veinticinco o cincuenta años de la profesión, ocasión que nuevamente requería de la constatación retratística.

Estas imágenes reflejan el ritual en el que se celebraba la unión con Dios, unión que ansia el cuerpo místico y cuyo gozo se expresa mediante el adorno, o dicho con la bellas palabras de María Zambrano, “todo adorno tiene un sentido nupcial; es el signo de que nos hemos unido a una entidad distinta y es su sello y a veces su librea”.⁷ La corona y las flores simbolizan este matrimonio espiritual, y así fueron plasmadas en las pinturas, donde los cuerpos ornamentados de estas monjas adquieren un sentido de reivindicación de sí mismos, de obtención de un espacio de autoridad a través de la unión mística.

El gran auge de estas imágenes es en el siglo XVIII, época de la que más ejemplares se conservan, pero la costumbre se mantiene toda la primera mitad del siglo XIX, hasta el año 1861 que, con el triunfo de las fuerzas liberales, se produce la denominada exclaustación, es decir, se ordena la clausura de la gran mayoría de conventos, y los beaterios y colegios de mujeres fueron suprimidos. Los bienes conventuales fueron expropiados y las monjas hubieron de reagruparse entre los pocos conventos que quedaban, o bien se repartieron entre casas de familiares y amigos.

Actualmente la celebración de la coronación se continúa llevando a cabo y los familiares contratan fotógrafos profesionales para inmortalizar el acontecimiento, estos retratos y reportajes videográficos demuestran que esta antigua tradición pervive en muchos conventos latinoamericanos.

Elina Norandi

Notas:

1. MURIEL, Josefina: *Cultura femenina novohispana*, México D.F.: UNAM, 2000, p. 42.

2. Ver MURIEL, Josefina: "La mística en los conventos de monjas en el Virreinato de la Nueva España", en V.V.A.A: *La vida claustral en Puebla*, Puebla: Universidad de Puebla, 1997.
3. Citado en *ibidem* nota 1, p. 65.
4. MONTERO ALARCÓN, Alma: "Monjas coronadas en Hispanoamérica" en el catálogo de exposición *Monjas coronadas. Vida conventual femenina*, Madrid: Real Academia de San Fernando, 2005, p. 30.
5. *Ibidem* nota 1, p. 120.
6. BENÍTEZ DUEÑAS, Issa María: "En busca del cuerpo perfecto" en V.V.A.A: *El cuerpo aludido. Anatomías y construcciones. México, siglos XVI-XX*, México D.F: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1998, p. 128.
7. ZAMBRANO, María: *Algunos lugares de la pintura*, Madrid: Espasa-Calpe, 1991, p. 40.

WANDA TOMMASI. *Etty Hillesum. La inteligencia del corazón*, prólogo de Felisa Elizondo, traducción de Carolina Ballester Mesguer, Madrid: Narcea, 2003, 151 págs.

"Alguien (...) continuará mi vida donde ha quedado interrumpida. Tengo el deber de vivir de la mejor manera y con la máxima convicción, hasta mi última respiración. Entonces, quien me suceda no tendrá que comenzar todo desde el principio, y con tanto esfuerzo." (p. 142).

Comienzo citando las últimas palabras del libro *Etty Hillesum. La inteligencia del corazón*, porque con ellas me he sentido interpelada a hacer lo que estuviera en mi mano para continuar su obra. He pensado que una manera podía ser el contarles a otras y otros que la había encontrado y lo que esto me ha supuesto: cuando leí esas líneas tuyas supe que algo había cambiado en mí con consecuencias que no podía prever, porque me habían afectado en lo profundo del ser, modificando mi forma de estar en el mundo.

Hasta ahora, siempre me había resistido a leer testimonios del holocausto; daba por supuesto de antemano el horror y temía no soportar tanta maldad en el corazón humano, es decir, temía, sobre todo, no soportar que ese mal se alojara también en el mío, como siento que ocurre a veces. Por eso quería huir de él evitando lo negativo, sin querer afrontarlo.

Dolores Gant, la directora de la colección Mujeres de la editorial Narcea, que ha publicado este libro, y Wanda Tommasi, su autora, me

merecen confianza y por eso me aventuré a leerlo; me he dejado guiar por ellas y de su mano me he acercado a la figura de Etty Hillesum, una joven judía holandesa, muerta en Auschwitz en 1943 con veintinueve años, que nos ha legado su *Diario*.

Una mujer que, después de atravesar el dolor y las privaciones más extremas, ha sabido dejarnos en sus escritos una claridad que permanece; y permanece porque hoy, después de sesenta años, no solo no ha perdido nitidez sino que es capaz de iluminar muchas tinieblas de nuestro presente. Como dice en el prólogo a la edición española Felisa Elizondo, Etty Hillesum consiguió que la negrura del mal no arruinara “su increíble capacidad de advertir puntos de luz en los gestos de los demás, en el rastro de colores de un atardecer, en la posibilidad de que haya otro tiempo – el de la posguerra – en el que quienes hayan sabido afrontar el sufrimiento harán una aportación valiosa...” (p.11).

La autora de este libro, Wanda Tommasi, habla así de ella: “La capacidad de Hillesum de percibir y crear poéticamente la belleza en el mismo corazón de la desventura, es extraordinaria: la desgracia no se cancela ni se atenúa, pero, junto a ella, destaca la preciosidad de las cosas hermosas, que es tanto más conmovedora cuanto más expuestas están ellas a ser destruidas.”(p.124).

Estamos ante una experiencia singular que la autora describe con estas palabras: “El punto más alto de la experiencia religiosa de Etty Hillesum está representado por la idea de “ayudar a Dios”, de encontrarle un resguardo dentro de sí, de salvar un pedacito de Dios en los hombres precisamente cuando, a causa del mal y del odio que están envenenando los ánimos, toda huella de lo divino corre el peligro de desaparecer de la faz de la tierra. [...] Invirtiendo la visión teológica tradicional, Etty Hillesum evita abandonarse a la desesperada constatación de que en Auschwitz no puede estar Dios. Impide que Dios la abandone porque es ella la que no abandona a Dios.” (p. 117).

Etty Hillesum lo expresa así: “Y casi a cada latido de mi corazón crece

mi certeza: tú no puedes ayudarnos, sino que nos corresponde a nosotros ayudarte a ti, defender hasta el fin tu casa dentro de nosotros [...]. Pensaré en ti muy frecuentemente, de ahora en adelante, y así te impediré abandonarme. Conmigo vivirás también tiempos flacos, Dios mío, tiempos escasamente alimentados por mi pobre confianza; pero créeme, yo seguiré trabajando por ti y siéndote fiel y no te echaré de mi territorio (*Diario*, p. 169-170)." (p.118).

Estas palabras me han conmovido, porque me descubren que está en la mano de todo ser humano, también en la mía, salvar el mundo, incluso en medio de la mayor desgracia imaginable, como ocurrió en Auschwitz. Esto es precisamente lo que consigue Etty Hillesum, hacerse mediadora entre el mal en su máxima expresión y Dios. Lo hizo convirtiendo su vida en testimonio de lo divino, no dejando que el mal lo ocupara todo. Sus palabras me quitan el miedo porque me enseñan que es posible cada día, incluso en la peor de las situaciones, tomarse la libertad, como hizo ella, de hacerle sitio en el corazón al amor y no al odio ni a la desesperación.

Porque siempre está en nuestra mano ofrecer el corazón, desmintiendo así que todo esté perdido, como viene cantando desde hace años Mercedes Sosa, en una bella composición de Fito Páez. Esta canción, que repite una y otra vez : *¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón*, desde hace algunos meses no se me va de la cabeza. Y no se me va porque me la evocan continuamente mujeres que, sin ser conocidas, sin hacer ruido, están siempre ofreciendo su corazón y enseñándome lo que eso significa. Como hace, por ejemplo, Tomasa Alonso Illana, que es, como Etty Hillesum, una compañía cálida y luminosa para quienes están cerca y una esperanza para el mundo.

Ana Mañeru Méndez

"30 RETRATOS DE MAESTRAS. De la segunda república hasta nuestros días".

Cuadernos de Pedagogía, especial 30 años y CISSPRAXIS. S.A., Madrid, 2005, 208 pp.

En este libro treinta biógrafas, con una bella y cuidada escritura, nos hablan de la educación del siglo XX en España, no de una educación abstracta, sino encarnada en una mujer concreta y singular en quien cada una ha visto una continuación de la obra civilizadora de su madre. Es un libro importante para quienes estamos haciendo educación desde la vida o desde la profesión en los comienzos del siglo y del milenio, cuando ya está en marcha una nueva civilización, la del orden simbólico de la madre. Con la publicación de "30 retratos de maestras", la revista *Cuadernos de Pedagogía* ha querido saldar una deuda y hacer un reconocimiento a "las maestras que dejan huella y a las mujeres que han ejercido esta profesión a lo largo de un siglo" como reconoce su director, Jaume Carbonell. Yo he tenido la gracia, no el mérito, de haber sido elegida para estar en estas páginas y me siento privilegiada al vivir y ser protagonista de este cambio de civilización y encontrarme en esta coyuntura histórica en relación con tantas maestras que, como dice María-Milagros Rivera en el Epílogo del libro, son "la aurora del pensamiento".

Voy a servirme de un ejemplo que leí en *El País* el 9 de enero de 2005, sobre el maremoto que acaeció en el Océano Índico, para explicar el significado de este libro en la educación -significar quiere decir dejar señal- en nuestro presente y que cada cual pueda descubrir cómo educar es nada más y nada menos que continuar el magisterio de nuestras madres, de mi madre que además de darme y damos el cuerpo nos ha enseñado la

lengua materna y con ella esa manera amorosa de relacionarnos y de estar en el mundo y de aprender todo lo demás. Entre las desoladoras noticias que se sucedieron en aquellos días, cuyas huellas siguen presentes, a mí me sorprendió la historia que protagonizó una niña inglesa de 9 años, Tilly Smith, que salvó la vida a los y las turistas que estaban en una playa de la isla de Phuket, una de las pocas playas en las que no hubo víctimas. Ella vio cómo el mar se retiraba repentinamente y gritó: ¡Viene una ola gigante! La gente le hizo caso, corrieron y se salvaron. ¿No es sorprendente que una niña de 9 años haya sabido aplicar un conocimiento tan abstracto a una realidad, por suerte en este caso, tan poco habitual? Sin duda esta niña tuvo o tiene una maestra que sabe enseñar para la vida, en vez de limitarse a transmitir conocimientos abstractos para que cada alumno o alumna los repita y apruebe.

Este es el primer aspecto que se descubre con la lectura de las "30 biografías de maestras". Sus enseñanzas sirven para la vida, es decir, para que cada criatura pueda seguir creando desde su propia singularidad y con su capacidad y, así, cada cual vaya dejando en el mundo la huella de su presencia insustituible. Aunque las diferencias de edad, de circunstancias históricas o de localización geográfica son diversas, en cada uno de los relatos late esta **pasión por hacer viable a cada cual** que es el principio básico de la educación. Por ejemplo, Ángela Gálvez (Almería 1964) explica que *"una profesora lo que transmite es vida, vida en forma de conocimientos, de curiosidad, de estrategias con el fin de que todas y todas tengan la posibilidad de crecer, de planificar su vida independientemente de que aprueben o suspendan"*. Y la poeta Juana Castro, que se confiesa alumna de su biografiada dice de ella que *"sacar a flote lo mejor, lo específico de cada ser humano sin desechar a nadie ha sido siempre su lema, una pedagogía que entronca con la vivencia de lo divino que habita en cada ser"*.

Junto a esta pasión está el apego a la realidad, el saber adaptarse a cada situación concreta y cambiante y elaborar una teoría pedagógica a **partir de la experiencia**, como sentencia el dicho castellano, "cada maestrillo tiene su librillo", pues las respuestas vitales no se encuentran en los discursos

universales, sino en las relaciones y en las referencias más cercanas. Conchi Jaramillo, al presentarnos a María Cobeta (Madrid 1966) escribe que si quieres saber cómo se hace algo *"la respuesta sólo te la podrá dar quien lo haya hecho alguna vez, y no se referirá a una teoría o técnica determinada, simplemente te dirá, desde su experiencia: yo lo hago de esta manera o de esta otra. Te dará una receta y no una fórmula, según la acertada distinción de Ana Mañeru"*.

Engarzada con esta práctica educativa está **el arte de la mediación**, ese don para crear vínculos allí donde se necesitan o actuar para que los que ya existen generen algo nuevo. Por eso en cada página resuena con distintas melodías una música común: **el amar la relación**. Para Antonia de la Torre Martínez (Porto do Son 1864-Noia 1969), que fue maestra durante casi 50 años en una aldea gallega, la relación es el principal resorte educativo; y explica cómo en el medio rural el acercamiento es muy fácil, pues sólo con salir a la calle y entablar conversación se pone en marcha un rico intercambio de ideas y de saberes.

Otra cualidad común a todos los relatos es **el placer del trabajo bien hecho**. Según María Zambrano la mujer al verse vivir desde dentro, sin definición, sin crear un personaje no busca otra recompensa a su trabajo que el propio trabajo; mientras que el hombre para verse vivir necesita crear personajes. Una evidencia de esta diferencia es la ausencia de condecoraciones o monumentos levantados a las maestras o a las madres, creadoras y sostenedoras de la civilización, mientras proliferan nombres de calles, esculturas y medallas dedicados a los que con las armas nos han "salvado" del enemigo. Como maestra sé que nuestros monumentos están vivos y se pueden reconocer en cada hombre o mujer que sabe vivir humanamente, con amor y verdad, tal y como le enseñó su madre y su maestra. Consuelo Flecha ha recogido este texto de su biografiada, Magdalena de Santiago Fuentes Soto (Cuenca 1876- Madrid 1922), quien escribió que enseñar a leer es encender fuego, y de ella misma dice que: *"Experimentaba júbilo indecible, no por las mundanas alabanzas, sino por la bendita y sublime satisfacción del trabajo"*.

Si volvemos al ejemplo de la niña que reconoció el "tsunami" y alertó del peligro con el grito de ¡Viene una ola gigante!, quizá nos sorprenda la causa por la que se salvó toda la gente que estaba en la playa. El periodista dice que nadie sabe por qué los turistas hicieron caso de la alarma de una niña, pero esa credulidad les salvó la vida.

Saber escuchar, saber leer los signos de la realidad que cambia y dar reconocimiento a este saber es una forma de sabiduría salvífica que han puesto en práctica los y las responsables de este libro. Maestras ha habido siempre, pero no siempre se ha reconocido su labor, ni se ha hecho visible su aportación histórica. Se necesita un cambio de mirada para reconocer la autoridad femenina y dar cabida, también en nuestro saber académico, a la autoridad de la lengua materna que nos ha enseñado la coincidencia de las palabras con las cosas.

De la lectura del libro yo he sacado una receta que cada una de las 30 maestras biografiadas ha sabido poner en práctica con distintos ingredientes y en tiempos diferentes: **educar teniendo en cuenta a la madre**. A esto, dice la filósofa Luisa Muraro le llaman "mamismo", pero nosotras sabemos que es una forma de civilización.

Una civilización que se ha inaugurado con la "Revolución sin sangre", la única revolución no violenta del siglo pasado, que han sabido hacer las mujeres con su presencia en todos los ámbitos profesionales, laborales e institucionales. Esta revolución es una ola salvífica si se sabe reconocer. Pues al reconocer la autoridad femenina, escribió María Milagros Rivera en el año 2000, y poner en juego en política el orden simbólico de la madre recuperamos mucha experiencia femenina fundamental cuya ausencia, o mejor, cuya falta de reconocimiento está empobreciendo la política corriente y desvalorizando la educación.

Si nos dejamos dar, como lo hace cada criatura en relación de confianza con su madre, aprenderemos a reconocernos no iguales sino singulares, mujeres y hombres que estamos en el mundo no para destruir o matar sino para ser y crecer en relación, en libertad relacional que nos hace trascender

y, que en vez de oponerse a la libertad de otros u otras, traspasa esos falsos límites para crecer en la misma medida que aumenta la libertad de ellos y ellas.

¡Viene una ola gigante! Ya ha llegado. Y si damos crédito al saber de las mujeres y lo ponemos en práctica en vez de ignorarlo o considerarlo como lo "natural", lo que se hace por sí solo, aprenderemos el valor del cuidado, de la relación sin fin, del amor, de la libertad relacional y de todo aquello que está sosteniendo nuestra vida y la civilización. Emily Dickinson lo había dicho así:

El Amor –es anterior a la Vida–
Posterior –a la Muerte–
Inicio de la Creación, y
El Exponente de la Tierra-

M^a Milagros Montoya Ramos

De dues en dues en vasos comunicants **Llibreria Pròleg, dissabte, 9 d'abril de 2005.**

Cristina Mompeat ens va convidar a un recital de poesia femenina en llengua anglesa coordinat per ella mateixa i Rachel Thalmann a la Llibreria Pròleg, on Àngels Grasses és pionera i amfitriona habitual de trobades interessants i enriquidores.

Hi vam anar bàsicament pel vincle i el reconeixement polític que ens uneix amb la Cristina i ens va complaure molt compartir un acte de tanta qualitat artística i humana, en un espai relaxat i acollidor i a la vegada intens i emocionant.

La Cristina va explicar com l'acte s'havia gestat en la seva relació amb l'Àngels i amb la Rachel a partir de les sessions de reflexoteràpia que realitza a Pròleg els divendres a la tarda. Aquesta relació de dues en dues va propiciar una concepció i configuració del recital en el qual es va anar produint un rosari de relacions duals: la de cada recitadora anglosaxona amb la poeta triada i la que es va establir, també, amb les *partenaires*, lectores en català o castellà, que cadascuna va escollir. Les múltiples relacions a dues van conformar un espectacle ple d'equilibri i harmonia que fluïa entremig de les paraules i el moviment de les diferents intèrprets com en uns vasos comunicants, tot donant perfecte significat al títol de l'acte.

És important destacar aquesta construcció dual perquè es va poder percebre clarament la polifonia de cada text en les diverses veus i la

musicalitat de les diferents llengües. Es va fer palès el *plus* que ofereix la relació quan neix del desig personal i troba en l'altra el receptacle adequat on poder créixer i expressar la riquesa i el tresor de les diferències.

Va ser molt gratificant viure la força extraordinària que emergia quan algunes de les recitadores en llengua anglesa van explicitar els motius de la seva elecció i com el poema escollit responia a experiències vitals que les portava a implicar-se d'una manera estreta amb l'autora i a comunicar i compartir amb el públic les seves vivències. La passió, la complicitat, els sentiments, van crear uns vasos comunicants entre les cinc autores, les seves recitadores, l'acompanyament musical i tot el públic assistent seduït per la sinèrgia establerta i bolcat en aplaudiments interminables.

Cada autora va tenir, doncs, dues veus que la van recrear i els seus poemes es van encarnar en les paraules i els cossos de les recitadores que van saber transmetre tota la força i sentit del text. Les autores escollides, els poemes i les dones que els hi van donar veu i música són:

Dorothy Parker, *The Evening Primrose* i *Resumé* a càrrec de Jane Barret i Mont Plans.

Carol Ann Duffy, *Mrs. Midas*, llegida per Sophie Heydel i Maria Jesús Udina Abelló.

Sylvia Plath, *Daddy*, recitada per Rachel Thalmann i Lara Ubago.

Stevie Smith, *A Dream of Comparison*, interpretada per Gloria Gannaway i Mònica de Dalmau Mommertz.

Maya Angelou, *Phenomenal Woman* i *Still I Rise*, representada per Violetta Curry i Cristina Comella i García.

A la percussió: Gloria Gannaway i Mari Nieves Egea.

Alguns dels poemes van ser traduïts per Dolors Udina Abelló i el disseny gràfic de la presentació de l'acte va ser realitzat per Luisa Rico Flores.

Les cinc poetes recitades són creadores que han deixat de banda fórmules i tabús i han cercat, en el fons del seu ésser, el ritme propi de la seva magnífica poesia, original i diferent en cada cas però amb trets comuns, entre els quals destacaríem l'aferrissada recerca de les pròpies arrels i una forta convicció contra tot el que sigui destrucció de vida i injustícia social¹. Els poemes comuniquen una clara i evident expressió del sentit subjectiu de ser dona, de viure en un cos femení i, al mateix temps, un específic sentiment d'estranyesa, d'estrangeria, del món en el qual viuen. Voldríem destacar alguns dels versos que ens van resultar especialment significatius.

Dorothy Parker (New Jersey, 1893-1967) observa el món i el descriu amb una lucidesa punyent, sense deixar espai a l'esperança, conscient de la soledat, tot utilitzant la ironia com a cuirassa per viure. La seva mordacitat es reflecteix en frases que s'han fet famoses com la referida al seu naixement ...*aquell dia per primera i única vegada vaig arribar aviat a una cita...* o la del seu epitafi ...*Perdoneu la pols*. N'és un exemple el seu poema *Resumé*:

Les navalles fan mal;
 Els rius són humits;
 Els àcids taquen;
 I les drogues causen retorçó.
 Són il·legals les armes de foc;
 Els nusos rellisquen;
 El gas fa pudor;
 Val més que visquis.

De Carol Ann Duffy (Glasgow, 1955) una estrofa de *Mrs Midas*, que s'emporta al seu marit en un lloc allunyat per evitar el contacte del seu malèfic tacte que ho converteix tot en or. L'autora subverteix la història i els mites des de la perspectiva de les invisibles i ignorades esposes que van compartir la vida amb coneguts personatges, com Faust, Ponç Pilat, el fabulista grec Esop, el rei frigi Mides o el goril·la King -Kong.

I served up the meal. For starters, corn on the cob.
Within seconds he was spitting out the teeth of the rich.
He toyed with his spoon, then mine, then with the knives, the forks.
He asked where was the wine. I poured with a shaking hand,
a fragrant, bone-dry white from Italy, then watched
as he picked up the glass, goblet, golden chalice, drank.

De Sylvia Plath (Boston, 1932-1963) impressiona el seu despullar-se i obrir-se les entranyes amb una sinceritat i una valentia torbadores. A *Daddy* expressa la falta de comunicació amb el pare, l'odi envers ell com a alemany i la representació històrica que en fa.

...He matado a un hombre, he matado a dos
Al vampiro que dijo ser tú
Y bebió de mi sangre todo un año,
Siete años si quieres enterarte,
Papaíto, puedes descansar en paz ahora.

Hay una estaca en tu negro, burdo corazón,
A los aldeanos nunca les gustaste.
Están bailando y zapateando sobre ti,
siempre supieron que eras tú
Papaíto, papaíto: escúchame bastardo, acabada estoy.

L'humor càustic, irreverent i dialogant de Stevie Smith (Yorkshire, 1902-1971) esclata en *A dream of Comparison*, poema que descriu la trobada entre Eva i Maria en un diàleg on les dues dones bíbliques tenen la seva pròpia veu i on la única conclusió possible és la seva diferència, diferència que existeix des de l'origen:

*...And they talked until nightfall,
But the difference between them was radical.*

La rebel·lia, la resistència, la força interna i la perseverança de Maya Angelou (Saint Louis, Missouri, 1928), coneguda pels seus retrats de

dones afroamericanes, es mostra clarament a *Encara m'aixeco*:

...Des de la vergonya de les cabanes de la història,

M'aixeco

D'un passat arrelat en el dolor,

M'aixeco

Sóc un oceà negre, ample i extens,

Que s'infla i augmenta amb la marea.

Deixo enrere nits de terror i temor

M'aixeco

Per entrar a un alba de meravellosa claror

M'aixeco

Que portarà els dons dels avantpassats

M'aixeco

Sóc el somni i l'esperança de l'esclau

M'aixeco

M'aixeco

Finalment, podem gaudir i compartir l'orgull de ser dona unit a la sensualitat i la provocació dels seus versos a *Phenomenal woman*, explícita declaració de fortalesa i vitalitat femenina:

... Ara enteneu

Per què no abaixo el cap.

No crido ni faig salts

Ni he de parlar molt alt.

Quan em veieu passar

Us n'hauríeu d'enorgullir.

Els dic,

És el so dels meus talons,

La corba dels cabells,

El palmell de la mà,

La necessitat d'atenció,

'Cause I'm a woman

Phenomenally.

Phenomenal woman,

That's me'.

Retornant al fil de les relacions duals, voldríem esmentar, també, la que es va establir entre cada persona del públic amb el text i amb les actuantes en el mateix espai escènic. En va ser prova l'agradable intercanvi al final de l'acte, acompanyat d'un excel·lent *cocktail*, on l'explicitació de les identificacions i complicitats amb les autores o els seus textos es va posar de manifest i vam poder copsar, un cop més, la diversitat de totes nosaltres en un espai ple de caliu.

I per acabar, volem esmentar la relació que perllonga el rosari creat al voltant de l'acte i el fruit de la qual és precisament aquesta petita ressenya que la Cristina ens ha demanat de fer a quatre mans. Li volem agrair i reconèixer la seva capacitat de bastir ponts de relació entre dones i la fidelitat a la seva trajectòria vital.

Aquest recital ens va permetre retrobar unes autores de parla anglesa i conèixer les dones que ens les van fer viure i ens les van apropar fins a sentir-les al nostre costat en aquella tarda de dissabte primavera.

Montserrat Otero Vidal i M^a Encarna Sanahuja Yll

Nota:

2. Hem consultat el magnífic llibre de Montserrat Abelló (trad.), *Cares a la finestra. 20 dones poetes de parla anglesa del segle XX*. Antologia en versió bilingüe. Editorial AUSA. Sabadell, 1993

CARMEN REVILLA, *Simone Weil: nombrar la experiencia*, editorial Trotta, Madrid, 2003, 230 pp.

Hacer la reseña de un texto exige, por lo menos a mí me lo parece, ser fiel al esfuerzo de poner palabras que, la autora, ha realizado frente a una obra. Si el texto se refiere a Simone Weil y su obra, ya el cuidado para mí se vuelve más fino y singular por el respeto que me merece la biografía de una mujer para quien pensar, estuvo vinculado a la experiencia y, a significarla, a través de la escritura. En esa medida la fidelidad es doble. El encuentro que cada una tiene con una autora en relación a lo que su obra le inspira es muy singular. Si a ese encuentro, le aportamos el diálogo y la mirada de otra autora, el obsequio y reto que recibimos es el ejercicio de una propuesta, de una oferta que cumple su cometido en la medida en que logra en nosotras concitar una apertura y, acoger su mirada, su lectura y ampliar la nuestra, en conversación con la autora presentada.

Ese esfuerzo ha exigido de mí, re-lecturas constantes de una obra que, al tiempo de parecerme sugerente, no conseguía captar, encontrar ni abrir una secuencia de sentido que pudiera transmitir, a quienes invitara a leer, este texto que pone en juego el esfuerzo de acompañarnos frente a la lectura de Simone Weil. En este sentido hago patentes mis limitaciones -de las que me hago cargo- para presentar el texto, adjudicables en todo caso, a la relación que con él, he tenido y a mis capacidades.

El libro de Carmen Revilla, *Nombrar la experiencia*, recoge y acoge textos que, elaborados en momentos diferentes, tienen en común el esfuerzo, de diálogo e interlocución con los planteamientos de Simone Weil, un diálogo

que según nuestra autora, exige el riesgo de exponerse y asumir la contradicción y complejidad de un pensamiento que aparece fragmentario, no encuadrable en sistemas, profundamente original y transformador, a quien lo acoja.

De Simone Weil

Simone Weil se forma en Filosofía y ya en sus primeros escritos, apunta, la agudeza de sus observaciones y planteamientos que captan lo esencial de los cambios acontecidos en las obras que trabaja en sus años de estudiante, Descartes y su aportación, entre otros, para la ciencia moderna. Sobre los tiempos que le tocó vivir, quiere dar fe, desde muy joven a partir de su experiencia.

Su investigación teórica sobre el trabajo la llevará a experimentos que se transformarán en experiencia, y dejarán en su cuerpo y en su alma, la huella de la desventura y la esclavitud. Desde entonces su relación y atención al cuerpo, al trabajo, los tiempos, su encarnación, la necesidad como constante en lo real, se constituirán en centros de una indagación que pretende retomar el pacto original con el universo para volver a sentirse en él, como en casa.

El contacto con los acontecimientos de la guerra, en particular la de España, la llevarán a constatar y a reflexionar sobre el papel de la fuerza, en el universo, en la vida de los seres humanos. Su esfuerzo por la toma de conciencia de sus efectos y de su límite, será constante a lo largo de su vida.

La relación con la justicia, su percepción de lo sagrado en el ser humano, lo que de impersonal hay en él, nos enseñarán otra manera de asumir el derecho, la relación con ella y su ámbito de presencia en lo humano.

Acompaña a su sentido de existir la búsqueda de la verdad, de la belleza, de la armonía, de los puentes que, la experiencia del exilio en primera persona le hará vivir. Esos lugares de arraigo, esa búsqueda de comunidad que crea

una atmósfera donde el pasado re-vivifica el presente y da raíz, pertenencia, los encontrará en sí y en civilizaciones cuyas huellas seguirá por indicios: la griega, la occitana.

Su experiencia religiosa, mística ahondará en su atención al lenguaje, a su valor simbólico y a la búsqueda de esas palabras que abren espacio al vacío y la atención creadora, esa atención que coloca en el umbral, en contacto con lo divino.

Simone Weil y su legado

Si hay algo que Simone Weil nos lega, es ante todo la experiencia del límite, de la vulnerabilidad, de la aceptación de que la necesidad, la conciencia de ella, su aceptación, hacen parte de la realidad, de que la fuerza opera en la mecánica del universo pero que encuentra un límite, que no es soberana en el mundo. Desde ahí nos muestra como, si hay un sentido de re-afirmación de ella, la gravedad, hay otro sentido de energía, la gracia, que da pie, abre espacio a la mediación, a otro plano de la realidad, en otros ámbitos donde los "metaxu" permiten transitar desde planos diferentes hasta que sea posible, el encuentro de contrarios desde una perspectiva diferente.

Paralelo a este legado, va la creación del vacío, el espacio que permite acoger en una los lugares de arraigo, ese lugar de encarnación de una comunidad vital, de pertenencia, de aquellos indicios de otras civilizaciones que hicieron suya la obediencia y un sentido de libertad, entendida por ella como consentimiento. Un pensar pues que reaviva e invita al pacto original con el universo en primera persona y cuidando el riesgo de lo social, entendido como espacio que ahoga ese sentido de libertad relacional y que asume la fuerza con vestimentas de números y pretende invisibilizar el papel de lo cualitativo en lo real, en la realidad.

El recorrido del texto

A lo largo de los 10 diferentes textos que, Carmen Revilla nos presenta en

230 páginas, van apareciendo elementos claves que, en su lectura de la obra de Simone Weil, destaca: la *attente* como método y a través de su escritura, la escucha del silencio de lo aparentemente marginal. Las reflexiones sobre el tiempo, sus diferentes modalidades, la presencia de la fuerza en el universo y en el mundo humano, la gravedad y la gracia, las necesidades del alma, entre ellas, la del pasado, la memoria, la metáfora y la analogía, el trabajo, su propuesta de convertirlo en actividad mediadora y centro espiritual y en el marco de sus propuestas, la de reconstruir el pacto original con el universo. El cuerpo, las reflexiones sobre la ciencia, su mirada sobre la justicia, la relación entre justicia y poder. El papel y lugar de la metáfora y los símbolos, en relación al sentido de la libertad desde el ámbito que ella otorga a la justicia.

El lugar que, para ella tiene el mundo griego como espacio vital, donde la ciencia antigua, su civilización configuran una manera de estar. Su búsqueda de indicios de las huellas de esas civilizaciones hundidas por el empleo de la fuerza contra ellas y a las que aplica su método y su paradigma indicial. El valor y sentido que da a lo impersonal, a lo sagrado en los seres humanos, es su aspiración al bien, aquello inviolable. Las palabras, la potencia de las palabras, su debilidad, su indefensión ante la fuerza, la búsqueda de aquellas equivalentes al silencio. La atención en el plano intelectual humano y la atención como umbral de lo divino. Esa atención que nombra como atención creadora que abre espacio al vacío y su apertura y espacio a lo sobrenatural como factor constitutivo de la realidad.

Si hay una palabra tanto en su expresión como en su proceso, me parece de calado filosófico tal como estamos habituadas a conocerla, esa es la palabra de Carmen Revilla. Esa palabra, de expresión y cocción filosófica tiende en algunos momentos a volar en poesía, cuando se detiene y se encandila con los modos y maneras en que dialoga con Simone Weil.

En la primera lectura de este libro, un libro ni ligero ni liviano, lo devoré como quien devora otro tipo de texto pero me aconteció en cambio que en la segunda lectura, cuando propuse su recensión, me quedé sin palabras y el esfuerzo que ahora hago y he hecho, en varias relecturas, que ya he

mencionado, para ponerlas tiene que ver me digo a mi misma, con los niveles en que su pensar se pone y los que comunican y dialogan conmigo como lectora.

Mi mente que, tiende a la síntesis, a la lectora global, holística, que le gusta captar el sentido de las cosas, se detiene y contrasta con una autora que analiza, entra en los detalles, en las minuciosidades y en planos filosóficos clásicos que no le impiden seguir a una autora como Simone Weil que va más allá de los cánones.

Este es el recorrido que Carmen Revilla nos presenta en su obra, una obra de una autora cuyo trabajo de lectura y escritura está inmersa, ubicada en el grupo de Identidad y Género de la Universidad de Barcelona.

Elizabeth Uribe Pinillos